

RESEÑA DEL LIBRO *PUBLISH OR PERISH. PERCEIVED BENEFITS VERSUS UNINTENDED CONSEQUENCES*
DE IMAD A. MOOSA (ELGAR,
CHELTENHAM, 2018, 218 págs.)

ÓSCAR RODRÍGUEZ CARREIRO

Publish or perish (publica o perece) es una expresión que resulta muy familiar a todo aquel relacionado con el mundo académico. Se utiliza para describir la presión a la que están sometidos los académicos, especialmente en el entorno universitario, para publicar artículos en revistas académicas rápida y continuamente como condición para encontrar, mantener y mejorar un puesto de trabajo.

Al analizar las características y los efectos del *publish or perish* (POP), Imad A. Moosa ha escrito un libro ameno, que demuestra una gran erudición en el tema y que resulta certero a la hora de describir los problemas y las consecuencias adversas inesperadas derivadas del establecimiento de este sistema pero que, sin embargo, fracasa tanto a la hora de identificar su origen como de proponer alternativas viables al mismo.

El capítulo I es una introducción en la que Moosa destaca los beneficios percibidos señalados por los defensores del POP. Entre otros beneficios, se dice que ayuda a establecer una presión necesaria que sirve como motivación para producir investigación, que ayuda a identificar y premiar a los científicos basándose en el mérito y no en el favoritismo o nepotismo, que permite documentar la productividad de los científicos y que libera información y conocimiento. Moosa, en cambio, cree que la cultura POP ha conducido a una búsqueda sin fin por parte de los académicos por lograr publicaciones a cualquier precio con el único objetivo de mejorar el currículum y no de contribuir al progreso del conocimiento humano, lo que ha llevado a una inflación de publicaciones con escaso valor científico.

A continuación, Moosa dedica los capítulos II al IV a señalar las numerosas consecuencias negativas a que ha dado lugar el POP. En cuanto a la calidad de la investigación y la diseminación del conocimiento, Moosa cree que “una consecuencia de la cultura POP ha sido la proliferación de investigación publicada que no tiene proporción en relación con el progreso del conocimiento humano” (p. 18). Por ejemplo, en las publicaciones de ciencia e ingeniería en los últimos años ha habido una tasa de crecimiento anual de las publicaciones del 6,6% sin que se pueda observar una correspondiente mejora del conocimiento. Más bien se puede percibir un deterioro continuo de la calidad ya que, cuando se publica tanto resulta difícil separar el grano de la paja y la mayor parte de lo publicado pasa desapercibido incluso para los expertos en cada campo. Según Moosa, “la contribución marginal al conocimiento humano de la mayor parte del trabajo publicado actualmente es prácticamente nula” (p. 20).

El deterioro de la calidad se debe, en parte, a que la presión del POP fuerza a los académicos a buscar la publicación inmediata de cualquier cosa en lugar de a trabajar en el desarrollo de ideas serias, cosa que puede requerir años. Moosa señala que, bajo las condiciones del POP, el coste de oportunidad de publicar cualquier cosa es el desarrollo de una nueva idea.

El deterioro de la calidad no depende de que haya mejor o peor gente administrando las instituciones: “Si la financiación de las universidades está determinada por las reglas de POP, los gestores de las universidades no tienen más remedio que seguirlas” (p. 22).

Además de dañar la calidad de las investigaciones, la presión para maximizar la productividad medida a través del número de publicaciones frena la diseminación del conocimiento porque se configura como un proceso largo y farragoso que, en los peores casos, puede durar años y porque la obsesión por publicar en las revistas top y en ningún otro lugar hace que la investigación se mantenga en la nevera durante mucho tiempo.

Como resultado añadido, las publicaciones se vuelven irrelevantes (la investigación ha dejado de ser un medio para convertirse en un fin en sí mismo y, por ello, los académicos acaban escribiendo para sí mismos en un círculo incestuoso) y poco fiables: “La solidez y fiabilidad de los resultados importa menos que

el objetivo último de conseguir la publicación y, dados los errores en el proceso de revisión por pares, se pueden publicar y de hecho se publican artículos con resultados deficientes" (p. 31).

Moosa señala que, a nivel global, el POP ha conducido a un sesgo en contra de la investigación en lengua no inglesa y sobres temas locales. Así mismo, la presión por publicar ha restado tiempo, energía e interés que dedicar a la enseñanza y a considerarla como una carga molesta que dificulta la publicación, que bajo el POP es lo que verdaderamente puede ayudar a hacer avanzar la carrera de un académico.

En cuanto a la industria de las revistas académicas, es destacable el aumento continuo de los costes de suscripción y de los pagos por envío y publicación. En gran medida, Moosa cree que se debe a que las editoriales pueden aumentar sus ingresos aumentando los precios porque se enfrentan a una demanda inelástica debido a que las universidades no pueden dejar de estar suscritas a las revistas más importantes, con independencia del coste. De este modo, en muchas instituciones las suscripciones a las revistas dan cuenta del 75% del presupuesto de sus bibliotecas.

Otra consecuencia negativa a que ha dado lugar la cultura POP es la proliferación de revistas predatorias, es decir, revistas que aceptan rápidamente la publicación de artículos, normalmente sin revisión o con una revisión testimonial, a cambio del cobro de una gran cantidad de dinero al autor del artículo. Relacionado con esto, se ha dado también un gran crecimiento de la industria de organización de conferencias, muchas de las cuales tienen calidad académica mediocre pero en las que se cobra una cantidad desmesurada por inscribirse. Asimismo, ha surgido una estructura de clase en el seno de la academia, en la cual los editores de revistas importantes, gracias al poder del que disponen, se consideran como miembros de una clase académica superior.

La presión por publicar ha conducido también a la creciente desaparición del autor único y a la tendencia al creciente número de autores por artículo. Moosa señala la racionalidad detrás de este fenómeno como un ejemplo de la división del trabajo bajo el efecto del POP de intentar maximizar el número de artículos publicados. Si tres autores son capaces de publicar cada uno de ellos tres artículos al año, al aunar esfuerzos pueden producir nueve artículos y

cada uno de ellos contará como autor de nueve publicaciones en un año. Moosa reconoce que tal estrategia no es necesariamente mala, pero piensa que el principal problema recae en la baja consideración actual de los artículos escritos por un único autor (se les considera como producto de un fallo a la hora de realizar *networking*, del rechazo de la colaboración y de una preferencia por el aislamiento). Como refutación, menciona los numerosísimos ejemplos de autores “aislados” fundamentales en la historia de la investigación científica: Newton, Einstein, Darwin, Pasteur, Galileo, Kepler, Faraday, Planck, etc.

Finalmente, Moosa señala como la última consecuencia negativa del POP el cambio de los académicos en su actitud ante la publicación, destacando la tendencia a la aparición de distintas formas de mala praxis en la investigación: falsificación, plagio, fabricación y duplicado de publicaciones que pueden considerarse auto-plagio, etc. Un indicador del aumento de la mala praxis es el aumento en la retractación de artículos (artículos que después de haber sido publicados son declarados como no aptos a la hora de cumplir los estándares mínimos). Desde 1975 se ha producido un aumento del 10% en los artículos retractados. Responsabilizando a la cultura POP, Moosa señala que “la naturaleza humana es tal que cuando se presiona a la gente para que haga algo usará todos los ‘medios necesarios’ para responder a la presión” (p. 75).

La producción investigadora se evalúa por una combinación de cantidad y calidad. Normalmente, la calidad se mide por el estatus de la revista en la que se publica la investigación. Se han utilizado cuatro formas de clasificar las revistas en términos de calidad: ranking basado en citas, ranking basado en opinión, ranking de mercado y ranking basado en la frecuencia de descargas. Moosa dedica el capítulo V a analizar el primer sistema y el capítulo VI a analizar los tres restantes. Concluye que todos ellos presentan problemas y consecuencias adversas inesperadas.

En cuanto al método de ranking basado en citas (el método dominante, que inició su andadura en 1961 con la publicación del *Science Citation Index*) tiene como fundamento principal el factor de impacto, definido como el promedio de veces que se han citado artículos de una revista en el JCR (*Journal Citation Report*). Se calcula dividiendo el número de citas que aparecen en el JCR por el

total de páginas publicadas en los dos años previos. Las ventajas que Moosa le reconoce es que está bien establecido, es ampliamente reconocido, resulta fácil de entender, es difícil de defraudar y está medido con datos comparables. Sin embargo, también tiene muchas desventajas: presenta un sesgo a favor de las revistas estadounidenses, presenta un sesgo en contra de las revistas en habla no inglesa, es vulnerable a la manipulación, no ofrece información sobre artículos individuales, subestima revistas de gran calidad en nichos especializados y refuerza la posición dominante de revistas existentes.

El principal problema que presenta el sistema de ranking basado en citas, en opinión de Moosa, es que la conexión causal entre citas y calidad no está universalmente reconocida y puede deberse a otros motivos como la existencia de estructuras de comunicación y redes profesionales. Además, supone una gran desventaja para revistas de pequeño alcance.

En cuanto al ranking basado en la opinión, presenta las desventajas de que es el más caro de realizar, es el más subjetivo, no ofrece medidas cuantificables de impacto o calidad de las revistas y, en realidad, su realización no supone una encuesta formal entre un número amplio de participantes.

El ranking por número de descargas favorece a las revistas generales sobre las especializadas, favorece a las revistas de contenido sencillo sobre las de contenido complejo y existen artículos sin descargas en revistas con un gran número de descargas. Entonces, ¿se debe asumir o no que el artículo es bueno?

En cuanto al llamado ranking de mercado, que se basa en el número de suscriptores que tiene una revista, Moosa cree que los registros de una biblioteca no pueden decir nada en cuanto a la calidad de las revistas porque en las bibliotecas se suelen registrar todas las revistas disponibles ofrecidas por una editorial particular, incluyendo aquellas que no lee nadie. Además, las suscripciones pueden estar motivadas por intereses especiales o por trabajos en nichos especializados.

Por todo ello, Moosa piensa que hacer rankings de revistas es una pérdida de tiempo: "Creo que debería abandonarse el ranking de revistas y juzgar los artículos por sus propios méritos, con independencia de donde estén publicados" (p. 118).

El capítulo VII está dedicado al proceso de revisión por pares, que supuestamente está establecido como filtro de calidad y sistema de mejora de los artículos enviados a las revistas. Pero, como señala Moosa, la gran mayoría de descubrimientos científicos fundamentales no estuvieron sujetos a dicho proceso. Como ejemplo menciona el descubrimiento de James Watson y Francis Crick en 1953 de la doble estructura en hélice del ADN. Durante la mayor parte de la historia de la ciencia los avances científicos se juzgaban de manera mucho más abierta y pública. Con la institucionalización del *peer review*, la responsabilidad del editor, cuya reputación dependía de tomar buenas decisiones sobre qué publicar, se trasladó a revisores anónimos que no siempre están a la altura de la tarea. Dada la avalancha de artículos que necesitan revisión, hay una escasez constante de verdaderos expertos que puedan realizar revisiones y una abundancia creciente de revisores incompetentes o intelectualmente inferiores a los autores de los artículos. Además, los *referees* tienden a pensar que, para que su revisión cuente, necesariamente tienen que encontrar fallos y, por ello, en muchas ocasiones se centran en las debilidades (reales o percibidas) de un artículo e ignoran o describen de forma vaga e imprecisa los rasgos positivos. Además, los revisores son académicos inmersos en la cultura POP que suelen carecer de tiempo que dedicar a una revisión minuciosa, detallada y cuidadosa. Por último, tanto editores como *referees* pueden mostrar sesgos metodológicos e ideológicos.

El proceso de revisión resulta lento y frustrante y se caracteriza por su falta de coherencia. Moosa menciona el experimento de Peter y Ceci en 1985, en el que seleccionaron 12 artículos que habían sido publicados en destacadas revistas de psicología y los reenviaron a las mismas revistas en las que habían sido publicados originalmente. Sólo tres artículos fueron identificados como previamente publicados. De los otros nueve, ocho fueron rechazados.

Como ilustración de las debilidades del sistema de revisión por pares, Moosa pone el ejemplo de Einstein, que en 1905 publicó cuatro de sus revolucionarios artículos que cambiaron el paradigma de la física en una revista en la que la decisión de publicación la tomaba únicamente el editor. En contraste, en 1935 Einstein envió un artículo a la revista americana *Physical Review* y unos cuantos

meses después recibió una carta con diez páginas de comentarios de un revisor anónimo y un comentario en el que se le pedía que revisara su artículo de acuerdo a dichas sugerencias y volviera a enviarlo una vez modificado.

Los capítulos VIII y IX están dedicados a lo que Moosa llama la “locura de los sistemas de evaluación”, para referirse a la obsesión por establecer sistemas burocráticos de evaluación de revistas, universidades, departamentos y profesores. Hablando del caso de 13 países en los que se utilizan sistemas de evaluación de la producción investigadora como método para determinar la distribución de la financiación gubernamental, dice que “una gran parte de esos fondos se dedican a financiar los salarios de la burocracia, los hombres y mujeres que les dicen a los académicos donde, cuando y como tienen que publicar” y asegura que su utilización se debe a la existencia de intereses creados y de grupos que se benefician. Entre esos intereses merece destacarse el siguiente: “Quizá una motivación que se pasa por alto es el deseo de los gobiernos de controlar las universidades” (pp. 170-171).

Moosa, que es profesor de finanzas, tiene una posición crítica en cuanto al desarrollo de la ciencia económica en los últimos años con la que la mayoría de los economistas austriacos estará de acuerdo: “En mi campo, la economía, la mayor parte de la investigación publicada sólo resulta de interés al autor []. El énfasis se ha puesto en el desarrollo de modelos abstractos y técnicas de evaluación de hipótesis que no han contribuido en nada a nuestro conocimiento del funcionamiento de la economía y de los mercados financieros” (p. 23). Según Moosa, la economía se ha matematizado de tal forma que resulta difícil publicar en las revistas más prestigiosas sin conocer ecuaciones diferenciales en derivadas parciales, cálculo estocástico y teoría de la medida. Se ha producido, además, un flujo de físicos hacia la economía atraídos por la ventaja comparativa que les supone su conocimiento técnico a la hora de publicar artículos. Sin embargo, el uso de las matemáticas y el flujo de físicos a la economía y las finanzas no ha producido ningún trabajo de valía, por lo que Moosa se pregunta: “¿Qué ha pasado con los grandes economistas que contribuyeron significativamente a la disciplina utilizando la metodología de las palabras en lugar de las ecuaciones?” (p. 125)

Moosa también lamenta que la cultura POP haya provocado un sesgo en contra de la publicación de libros. Creo que cualquiera que haya aprendido y disfrutado con los grandes tratados de economía de autores como Menger, Böhm-Bawerk, Fetter, Mises, Rothbard o Huerta de Soto estará de acuerdo con Moosa en lamentar dicho desarrollo.

Pero si Moosa se muestra perceptivo a la hora de señalar los problemas que supone el *publish or perish* y a la hora de criticar la matematización de la economía, sin embargo, se muestra extraordinariamente incompetente a la hora de señalar su origen y de apuntar posibles soluciones. En primer lugar, Moosa tiene una extraña percepción de la realidad cuando se trata de evaluar el estado de la economía *mainstream*. En su opinión, la academia está dominada por fundamentalistas del mercado libre que han impuesto un consenso generalizado: “No hay posibilidad de que ningún economista consiga que se le acepte un artículo por una revista económica importante en la que presente ideas que desafíen la doctrina del libre mercado” (p. 123). Por ello, insiste continuamente en que uno de los problemas del POP es el sesgo ideológico que revistas, editores y referees muestran en favor del libre mercado. Aparte de esa curiosa percepción de la realidad, resulta irónico el hecho de que siempre que Moosa tiene que ofrecer un ejemplo crítico de algún elemento que le parece cuestionable lo hace seleccionando a un autor que defiende el libre mercado. Quizá Moosa debería atender más a sus propios sesgos, dejar de señalar la paja ideológica en el ojo ajeno y preocuparse más por la viga ideológica en el suyo propio.

Ya que aparentemente vivimos en un mundo dominado por la ideología de libre mercado, no resulta extraño que Moosa afirme que la cultura POP es un resultado de la revolución neoliberal de los años ochenta. Lo que sí resulta extraño es el concepto que Moosa tiene de lo que es el libre mercado. Para él, el epítome del libre mercado es un sistema burocrático en un sector controlado por el Estado, instituido para controlar el acceso a la enseñanza e investigación y para determinar la asignación de fondos que se extraen a través de la coerción mediante los impuestos y que tiene que utilizar sistemas arbitrarios de evaluación porque no puede recurrir al sistema de precios, a las valoraciones individuales, a las acciones voluntarias o a la reputación científica ganada libremente.

Pero, en lugar de defender el fin de la intromisión estatal en la educación e investigación universitaria y de proponer como alternativa a las revistas, universidades e instituciones financiadas de manera privada, sin asistencia estatal y que se jueguen su propio dinero y reputación académica y científica en la arena del juicio libre de la opinión pública, lo que Moosa propone es “abandonar el dogma de mercado y empezar a pensar en la salud y la educación como inversión en capital humano” (p. 182). Desafortunadamente, la sugerencia de Moosa hace tiempo que se puso en práctica y uno de los resultados a los que condujo fue, precisamente, el sistema de *publish or perish*. Quizá, Moosa debería reflexionar un poco más sobre las consecuencias negativas inesperadas de la intervención estatal y recordar su propia idea de que uno de los grandes peligros a los que se enfrenta la investigación y la enseñanza universitaria es “el deseo de los gobiernos de controlar las universidades”.